

III. LUDOVÍK STŮR

El imperio de los Habsburgos era para Lorenz von Stein «el representante natural de los intereses de la *Mittleuropa* en el Oriente». Puesto que no disponía de una importante marina de guerra<sup>34</sup>, tampoco de colonias, su relación frente a Alemania era la base de su influencia en Europa. También Alemania sería sólo un país costero si no contase con el apoyo de Austria y solamente unida con Austria llegaría a ser el punto clave de Europa. Según esta premisa, la doble unión austro-germana, ya de 1879, constituye una alianza lógica en la que se hacía necesaria sólo la precisión de los intereses alemanes en los Balcanes<sup>35</sup>. Por esta razón, Viena era una ciudad universal por ser el nudo crucial en los contactos de Europa con Asia. Aquí von Stein insiste una vez más en el «imperialismo europeo» bajo la dirección germánica, aunque lo defendiera tan sólo implícitamente.

También para Stúr la monarquía de los Habsburgos representaba el punto de unión entre el sector oriental y el occidental de la *Mittteleuropa*. Sin embargo, Stúr<sup>36</sup> veía la situación dentro y fuera de Austria<sup>37</sup> desde el punto de vista mitteleuropeo-oriental, mientras que Stein desde el mitteleuropeo-occidental, aunque los dos a través de la misma ventana: Viena. Stein generalizaba, Stúr concretaba. El primero incorporaría a Europa toda la zona de la Comunidad Europea actual hasta Viena y el segundo, también hasta Viena, pero en auto-defensa del Este europeo contra las pretensiones del Oeste. Stein era conservador y nunca consiguió librarse por completo de la contradicción que suponía el orden reinante y el futurismo naciente de su pensamiento. Stúr, en cambio, era revolucionario, pero más generoso en

<sup>34</sup> El único puerto marítimo de mayor importancia era Trieste.

<sup>35</sup> BODO RICHTER: *Völkerrecht, Aussenpolitik und internationale Verwaltung bei Lorenz von Stein*, cit. en la primera parte de este estudio (véase la nota (11)).

<sup>36</sup> (1815-1856), compárese la nota (10) de la primera parte.

<sup>37</sup> Que ya después de su muerte sería, oficialmente, «Austria-Hungría», de 1867, como resultado del «compromiso dualista» Viena-Budapest.

aplicar el término Europa: mientras que Stein excluía a los eslavos como factor positivo en la construcción de la unidad multinacional europea, basándose en observaciones superficiales provenientes del ejemplo de la no libertad en Rusia, Stúr incluía en su sistema europeísta también a los eslavos, pero condenando al comunismo saliente del *Manifiesto* de 1848, de Marx y Engels<sup>38</sup>. Stúr contaba con una Rusia democrática y republicana, coincidiendo esta vez con Stein al denunciar la ausencia de libertad en aquel imperio; en cambio, Stein no estaría de acuerdo sólo con algunas tesis de los precursores del socialismo, a pesar de haberse inspirado considerablemente en las ideas de Saint-Simon, Proudhon, etc., quienes, por cierto, también tenían su idea del europeísmo. Stúr las conocía y tampoco las compartía.

La situación en el imperio austríaco era bien distinta de la que pretendería ver Stein, debido a un enorme conglomerado de naciones y nacionalidades que venían reclamando su derecho a autodeterminación ya desde el siglo xviii y luego especialmente a partir de las revoluciones de 1789, 1830 y 1848, siempre de acuerdo con su respectivo grado de despertar o renacimiento nacional. Stúr partió de esa realidad ya en los años cuarenta del xix pudiendo ser considerado, en realidad, precursor de Stein cuyo europeísmo empezó a perfilarse a partir de los años cincuenta, cuando Stúr ya no vivía. Mientras Stúr regresaba de Halle a Bratislava, fuertemente influido por Hegel en cuanto al sistema filosófico de la Historia (igual que Stein), ya no era un racionalista «iluminado» como antes de viajar a Alemania, sino un hombre formado y equilibrado intelectual y moralmente para el que la realidad de los pueblos europeos no dependía de discusiones lógicas, sino de soluciones concretas, en primer lugar de los pueblos del imperio de Viena, a favor de la propia Europa y de la Humanidad: «Los errores panteísticos de la teoría de Hegel —sin embargo— trató de mitigarlos Ludovico Stúr, el hegeliano eslovaco. La diferencia principal consiste en que Stúr propugnaría la existencia de espíritus nacionales individuales (*Volksgeist*) al afirmar que "en la Historia cada nación vivió de acuerdo a su espíritu" y que debe contribuir con su esfuerzo al progreso de la Humanidad, y que esta contribución debe consistir en valores espirituales que tengan el sello de su individua-

<sup>38</sup> JOZEF PAUCO: *Slováci a komunizmus* (Eslovacos y comunismo). Middletown, Pa., 1957. Jednota Press, 16 y s.

lidad. ¿Qué opinión puede tener de sí una nación que nada propio tiene reconocido en la vida común de la Humanidad?»<sup>39</sup>.

Contribuir «de su parte al progreso de la Humanidad» implica, necesariamente, sacrificios de parte de la Humanidad a favor del desarrollo de las naciones. El orden «internacional» engendra respeto hacia las naciones y entre las naciones, aunque en realidad somos testigos de lo contrario. La identificación Nación=Estado resulta ya en el siglo XIX artificial y, por consiguiente, orden «internacional» es un término superficial, puesto que se trata de un orden *interestatal*, de relaciones de Estado a Estado y, aun más, de gobierno a gobierno.

Como eslovaco y eslavo, Stúr se inspira en la filosofía alemana de Herder y Hegel, ante todo. Herder, por ser considerado en plena era del romanticismo como «apóstol de los eslavos» al creer en los excepcionales valores espirituales del mundo eslavo, al que le correspondería una larga etapa en la evolución de la Humanidad y sobre todo de Europa como fuerza motriz. Hegel, a su vez, por su dialéctica de la Historia. Sólo que Stúr consiguió aplicar filosófica y prácticamente el pensamiento germano a las circunstancias reinantes en el imperio de los Habsburgos, dentro del cual existían nada menos que siete naciones y nacionalidades eslavas, entre ellas, los eslovacos. Por el camino de Herder y Hegel, Stúr llegó a la conclusión de que existen posibilidades reales de abrir nuevos y esperanzadores horizontes a los eslavos dentro de la monarquía austríaca. Sus convicciones las transformó en un optimismo como medio de lucha por la libertad individual y nacional.

Stúr como pensador, hombre de acción, y hasta revolucionario, se interesa, sobre todo cuando ostentaba la cátedra de Historia en el Liceo de Bratislava, ya de regreso de Halle, por Asia, América y Europa. Sin embargo, su función fundamental consistía en estudiar la historia de los eslavos, filosofía de la historia, las leyes de desarrollo de las naciones y, lógicamente, la incorporación de la historia y de la cultura eslavas al proceso de la Historia.

El fondo de este planteamiento tuvo que ser la realidad de los eslovacos junto a otras siete naciones y nacionalidades eslavas en el

<sup>39</sup> ESTEBAN POLAKOVIC: *La formación del ser nacional* (La etnogénesis). Buenos Aires, 1978, Editorial Lumen, 155-156. Del mismo autor sobre Stúr: «The Ethnical Philosophy of Ludovít Stúr», en *Slovakia*, vol. XXIII, núm. 46/1973, Middletown, Pa., The Slovak League of America, 29-47, *Anuario eslovaco-americano*, editado por J. Pauco. «Evolution of the Slovak National Philosophy», en *Slovakia in the 19th and 20th Centuries*, Toronto, Ont., 1973, primera ed., The Slovak World Congress, 20 y s., editado por J. M. Kirschbaum; segunda ed. 1978, 22 y s. (entre otros de sus estudios al respecto).

imperio de los Habsburgos<sup>40</sup>. Para conseguir la libertad de todos los «austroeslavos» frente al expansionismo austro(germano)-magiar, Stúr era partidario del derecho de autodeterminación a base de igualdad entre todos los pueblos componentes del imperio<sup>41</sup>. Cada pueblo como identidad nacional había de ser reconocido como individualidad política, sin detrimento de la unidad monárquico-estatal. Stúr es considerado como fundador, quizá inconsciente de tal calidad, de la sociología en Eslovaquia<sup>42</sup>, pero sí como fundador y creador, propulsor y codificador de la lengua literaria eslovaca en su forma definitiva que, a pesar de su lógica evolución, rige hasta nuestros días<sup>43</sup>. Las tradiciones, la cultura y otras leyes etnogenéticas de la nación han de manifestarse a través del propio idioma y este hecho lleva a un grupo étnico hacia la constitución de la nación que como tal posee el derecho innato a disponer por sí sola de sus destinos. En este sentido Stúr, al ilustrar el carácter dialéctico de las leyes históricas, arguye que «todo lo que está evolucionando ha de engendrar resistencia..., ya que a no ser así, nada en el mundo llegaría a ser lo que es y nada sería realidad»<sup>44</sup>. Desde este punto de vista tan profundo, en cuyo trasfondo subyace la Idea, el Espíritu, el mismo Dios, Stúr procura establecer una *coexisten-*

<sup>40</sup> Checos, eslovenos (actualmente en Yugoslavia), croatas, serbios, polacos, ucranianos y rutenos; en total, ocho.

<sup>41</sup> Austríacos, magiares, rumanos, alemanes (no austríacos), italianos, judíos y musulmanes (estos últimos, especialmente en la actual región de Bosnia-Herzegovina yugoslava); en total, siete. *Summa summarum*, quince naciones, nacionalidades, grupos étnicos y confesionales se agrupaban en el seno del imperio, pero con predominio político-estatal de sólo de austríacos y magiares, respectivamente.

<sup>42</sup> STEFAN GLEJDURA: «Sociológia u stúrovcov» («Sociología en la generación de Stúr»). *Literárny almanach Slovákia v Amerike* (Anuario literario del eslovaco en América). Middletown, Pa., 1973, 82-89, bajo la red. de J. Paucó. Del mismo autor: «Národ, stát a vlast u stúrovcov» («Nación, Estado y patria en la generación de Stúr»), *ibid.*, 1974, 19-28; *Názory stúrovcov na hospodárstvo* («Posición de la generación de Stúr frente a la economía»), *ibid.*, 1975, 135-140; o «Medzinárodné spoluzitie podla stúrovcov» («Convivencia internacional en la generación de Stúr»). KALENDÁR JEDNOTA (Anuario eslovaco-americano Jednota=Unión), Middletown, Pa., 1977, prep. y redactado por J. C. Krajsa, ed. por The First Catholic Slovak Union (en los Estados Unidos y Canadá), vol. 80, 143-158.

<sup>43</sup> Se basa en la forma idiomática centroeslovaca para que los demás dialectos —oriental, occidental septentrional y meridional— graviten hacia un núcleo único capaz de unificar en vez de absorber. Fue en contra de la codificación emprendida antes por A. Bernolák (1762-1813), basada en el dialecto eslovaco-occidental. De este modo, Stúr «reunificó» a los eslovacos mediante un idioma común a todos. Este concepto lo traspasaría luego al campo de sus consideraciones europeístas propugnando la unidad europea desde su posición geográfica central, que entonces era el imperio de los Habsburgos.

<sup>44</sup> STEFAN GLEJDURA: «Medzinárodné spoluzitie podla stúrovcov», cit. nota 42 en *Kalendar Jednota-1977*, 145, en relación con E. Várossová, en *Kapitoly z dejin slovenskej filozofie* (Capítulos de la Historia de la Filosofía Eslovaca). Bratislava, 1957, Ed. de la Academia Eslovaca de Ciencias, 174 y s.; 179 y s.; 181 y s.; 184 y 188 respectivamente. De acuerdo con las obras de Stúr: *La antigua y la nueva era de los eslovacos* (1841, en checo); en alemán *Die Klagen und Beschwerden der Slawen (Slowaken) in Ungarn über die gesetzwidrigen Uebergriffe der Magyaren* (Leipzig, 1843), así como *Das neunzehnte Jahrhundert und der Magyarismus* (Viena, 1845). Como casi todos los intelectuales centroeuropeos, también Stúr era políglota, lo que le permitió moverse y desenvolverse con facilidad dentro del marco paneuropeo.

cia de naciones, nacionalidades, grupos fraccionados étnicos y confesionales, incluyendo a los representantes de la entonces todavía sociedad política feudal, a los germano-austríacos y magiares, siempre en favor de la *unidad orgánica europea*. Dicho de otra manera, tanto los eslavos como los no eslavos, deberían suscribirse voluntariamente a un respeto mutuo en beneficio de todos y de cada uno de los pueblos de la monarquía representada por la Casa de Austria.

Esta es la diferencia sustancial entre el joven hegeliano eslovaco Stúr, de la primera mitad del siglo XIX y el hegeliano alemán-austríaco Stein, de la segunda mitad del mismo, en cuanto a sus respectivos sistemas de una Europa unida. Stúr no estuvo todavía sobrecargado de prejuicios convencionales como Stein, quien, en último término, veía la unidad europea sólo en convenios concertados en forma de representantes en nombre de una u otra nación, pero en definitiva por encima de cualquier nación. Stein anhelaba la unidad del Continente promovida desde arriba, desde la burocracia estatal y Stúr, en cambio, desde abajo, desde las realidades, tal como existían sobre todo en los territorios de la soberanía de Viena, desde la Nación. No extraña que Stúr consideraba a Europa desde las propias entrañas del imperio de los Habsburgos, mientras que Stein la creía, oportunísticamente quizá, como unión de Estados, sin preocuparse en serio por lo que era o pudiera ser un Estado multinacional. Es decir, la función del imperio de los Habsburgos Stein la captaba desde fuera, sin conocer en absoluto la realidad multinacional y multiétnica de la monarquía austríaca, o al menos, no quería «intervenir» en los asuntos internos de la misma, aunque en un principio respetaría la esencialidad de existencia de naciones. Porque Stein estuvo mal informado respecto al sector oriental de la *Mitteleuropa* y, por tanto, no solamente en ese sector, sino también en el resto de las zonas europeas adjudicaba el liderazgo a Alemania, en aquella época unificándose ya bajo su propia mirada, contando, intencionadamente, con el predominio austro-germano en la parte oriental de la *Mitteleuropa*, que bien pudiera secundar las aspiraciones pangermanas a «crear una nueva Europa»<sup>45</sup>, tanto en el Oeste como en el Este.

El error de enjuiciamiento consiste en que Stein fundamentaría la unidad europea en una burocracia puramente tecnócrata, perfecta desde los puntos de vista tanto interno-estatal como exterior-europeo. La ya entonces famosa buena *Verwaltung* (=burocracia) alemana había de ser una especie de instrumento para reestructurar las relaciones

<sup>45</sup> Como si entre 1933 y 1945 Hitler hubiera seguido las huellas de las teorías de L. v. Stein.

intereuropeas y, en último término, para promover un nuevo Derecho Internacional. Stein era un moderno tecnócrata; desconocía los problemas del resto de los países del Viejo Continente en su fondo, pero sí desde el punto de vista histórico, según señalamos indirectamente en la primera parte de este estudio. Stúr, por el contrario, apuntaba primero hacia la consolidación de las naciones, que, acto seguido, y en condiciones de autodeterminación, elegirían su propia forma de régimen y administración, en colaboración con las demás naciones. Stein, probablemente por desarrollar sus teorías de europeísmo y coexistencia ya en la segunda mitad del siglo, y bajo el tremendo impacto del fracaso de las revoluciones nacionales de 1848, optó por una fórmula más cómoda, más viable que Stúr, quien no tuvo la ocasión de contemplar el desarrollo de la vida europea, austro-magiar, austro-eslava y la propia, la eslovaca, resultaría más espontáneo, dinámico y paneuropeo y, hablando sofisticadamente, hasta paneslavo, aunque realmente este argumento no era sino un arma política de autodefensa contra las pretensiones pangermanas. En este sentido, líderes nacionales y pretendidamente políticos de los «austroeslavos» actuaban conforme a los principios nacionales y no estatales.

Durante el siglo pasado, cuando se agudizaba el proceso de despertar de las naciones, muchas de las cuales disponían de su propio Estado varios siglos atrás, casi todos los eslavos formaban parte de Estados ajenos a ellos. Los polacos subsistían bajo tres regímenes: alemán, austríaco y ruso-zarista; los ucranianos estaban sujetos al zarismo de Petersburgo y una parte de ellos a la Casa de Austria (en la zona de Galitsia), los checos, eslovacos, croatas, eslovenos y parte de serbios pertenecían al imperio austro-húngaro.

Ludovít Stúr —y toda su generación de renacimiento nacional y de intereuropeístas de la cuenca danubiana— concibió que el concepto del mundo es un asunto serio que desde las consideraciones teóricas ha de ser implantado a escala europea en la vida de todos sus pueblos integrantes. Este hegeliano-herderiano eslovaco no dudó en manifestarse frente a Viena y Budapest que Austria-Hungría se componía de diversas naciones y razas que de por sí tienen el derecho de organizarse en sociedades con el fin de crear y facilitar a la persona humana las ventajas que supone una vida social para el desarrollo y perfeccionamiento tanto individual como nacional e internacional.

## IV. AUSTRIA-HUNGRÍA EN Y FRENTE A EUROPA

Este Estado multinacional ha sido objeto de sendos estudios, investigaciones y tendencias propagandísticas desde los más diversos ángulos. Unos defienden su constelación y otros la rechazan. Sin embargo, la realidad es distinta, ya que el imperio de los Habsburgos era un edificio levantado sobre arena. Algunos lo definieron como «cárcel de naciones», y con razón.

La *parte austriaca* comprendía a lo largo del siglo XIX y hasta la I Guerra Mundial las siguientes nacionalidades: 1. austroalemanes (= austriacos y sudetoalemanes); 2. checos; 3. ucranianos; 4. polacos; 5. eslovenos; 6. italianos, y 7. judíos (en comunidades dispersas); la *parte magiar*, por su parte, englobaba a: 1. magiares; 2. eslovacos; 3. rutenos (hoy día fusionados con los ucranianos); 4. croatas; 5. serbios; 6. rumanos; 7. alemanes (de origen germano no austriaco, a partir del siglo XII); 8. judíos (igualmente dispersos), y 9. musulmanes. En total, 15 nacionalidades y grupos étnicos o confesionales<sup>46</sup>. Esta es la primera realidad. La segunda es que frente a las dos nacionalidades dominantes—austroalemanes y magiares—las 12 restantes nacionalidades (dominadas) se encontraban en mayoría demográfica-étnica. El elemento judío solía estar de lado de los dominantes.

La tercera realidad consiste en la puesta en marcha de un amplio programa de germanización en la parte austriaca de las nacionalidades

<sup>46</sup> STANLEY Z. PECH: «The Nationalist Movements of the Austrian Slavs in 1848: A Comparative Sociological Profile», en *Slovakia*, vol. XXVII, núm. 50/1977, 113-135, ed. por M. Novák, Middletown, Pa., The Slovak League of America; STEFAN GLEJDUŠA: «Rumunsky pohľad na madarizáciu» («El punto de vista rumano respecto a la magyarázación»), en *Literárny almanach Slováka v Amerike*, cit., año 1972, ed. por J. Pauco, 184-189. Más sobre la vida y la obra de L. Stúr véase DELPHINA OPEŤ: «Political Views of Ludovít Stúr», en *Slovakia*, vol. XXI, número 44/1971, 20-78; EDWARD A. TULEYA: «The Slovak National Awakening», *ibid.*, 85-108; ANTHONY X. SUTHERLAND: «Ludovít Stúr and Slovak Cultural Nationalism», en *Slovakia*, cit., volumen XXV, núm. 48/1975, 134-147; J. M. KIRSCHBAUM: «Slovenská samostatnosť v perspektíve národného vyvoja Slovákov», en: *Kalendár Jednota-1975*, Middletown, Pa., 85-93. Sobre el proceso de formación de la nación eslovaca y sus protagonistas compruébese LUDWIG VON GOGOLÁK: *Beiträge zur Geschichte des slowakischen Volkes*, tomo I, 1528-1790. München, 1963; R. Oldenbourg, VIII-285 pp.; tomo II: 1790-1848. München, 1969, R. Oldenbourg, VIII-280 páginas; tomo III: 1848-1919. München, 1972, R. Oldenbourg, VIII-193 pp. Asimismo LUDOVÍK HOLOTÍK y JÁN TIBENSKÝ (Red.): *Dejiny Slovenska*, tomo I: desde la Antigüedad hasta 1848. Bratislava, 1961; Ed. Academia Eslovaca de Ciencias, 580 pp.; LUDOVÍK HOLOTÍK y JÚLIUS MÉŠÁROS (Red.): *Dejiny Slovenska (Historia de Eslovaquia)*, tomo II: 1848-1900. Bratislava, 1968; Ed. Academia Eslovaca de Ciencias, 656 pp.; J. M. KIRSCHBAUM: *Slovak Language and Literature*. Winnipeg-Cleveland, 1975, Univ. of Manitoba, Department of Slavic Studies, XV-336 páginas. J. M. KIRSCHBAUM: *Slovakia: Nation at the Crossroads of Central Europe*. New York, 1960, Robert Speller, XIX-371 pp.; GILBERT L. ODDO: *Slovakia and Its People*. New York, 1960, R. Speller and Hrobák Publications, Middletown, XIV-370 pp. FRANZ HRUSOVSKÝ: *Die Geschichte der Slowakei*. Bratislava-Pressburg, 1942, Verlag «Die slowakische Rundschau», 228 pp.

de habla no alemana y de magiarización de los pueblos no magiares en la parte oriental del imperio. Sobre todo en los países dominados por y desde Budapest, el proceso de asimilación revestía características hasta trágicas. En cambio, el proceso de germanización de parte de Viena resultaba más encubierto y mucho menos radical. Recuérdese solamente que los checos nunca estuvieron expuestos al proceso de fusión con los austroalemanes en tal medida como lo eran los eslovacos, los rumanos y hasta los propios alemanes a la presión de Budapest. Si a raíz de la I Guerra Mundial, 1918, la desintegración de Austria-Hungría se produjo como un hecho irreversible, la Historia se lo debe a la incomprensible política de magiarización forzosa y a ritmo acelerado, especialmente a partir de 1848<sup>47</sup>. Hasta entonces, Budapest se limitaba a aplicar «estrictamente» la legislación que Viena le había concedido en cuestiones de nacionalidades.

Ludovít Stúr, apenas con veinticinco años de edad, comprendió perfectamente el alcance de dicha legislación. Hasta 1790-1791, en todo el imperio habsburgo el idioma oficial era el latín a nivel de Gobierno y sus ramificaciones correspondientes. Bastante tarde, pero no menos eficaz en su desarrollo jurídico-positivista, el impacto de la Revolución francesa ha sido quizá más dinámico que en otras partes del Viejo Continente. Porque en «Austria-Hungría» pasaba algo que los revolucionarios franceses de 1789 no habían previsto: que en Europa no había solamente una *nation française*, sino cientos de naciones que en virtud de la Revolución francesa reclamaban los mismos derechos que los asaltantes a La Bastilla, sólo que en nombre de unos principios que implicaban la estricta aplicación de los derechos de autodeterminación. Además, los derechos del ciudadano. Una vez más, Stein se ha quedado algo corto en relación con Stúr, quien, hasta 1852-54, era prácticamente el único europeísta dentro de Austria-Hungría.

La Revolución francesa encontró gran resonancia en el imperio. «Libertad, igualdad y fraternidad» eran elementos que casi se convirtieron en un credo. Libertad para todos los ciudadanos y pueblos, igualdad entre todos y fraternidad de todos. Sin embargo, esta resonancia no fue compartida por las clases de las nacionalidades domi-

<sup>47</sup> Compárese Zenobius Páclisanu (de la Academia Rumana de Ciencias): *Der Ausrottungskampf Ungarns gegen seine nationalen Minderheiten*. Bukarest, 1961, Verlag «Die Dacia-Bücher», 200 pp.; segunda ed. München, 1968, Verlag Rumänische Studiengruppe. Arvéd Grébert: «Die Idee der slowakischen Selbständigkeit in Vergangenheit und Gegenwart», en *Slowakei*, a. XIII/XIV, núm. 15/1975-76, Köln, Ed. Matús-Cernák-Institut, 3-24, donde el autor prueba que la opinión pública europea se interesaba cada vez más por la cuestión eslovaca y la situación en el imperio, especialmente a partir de 1848/49. Colección de estudios bajo el título: *Revolucne dedictvo rokov 1848-1849*. Bratislava, 1951, Ed. Academia Eslovaca de Ciencias, 150 pp.



nantes, por los austroalemanes y aún menos por los magiares, sobre todo en cuanto a la aplicación de esos elementos a los demás pueblos.

Los magiares pretendían liberarse frente a Viena para preparar el dualismo en el imperio. La idea era sencilla en su origen: en vez del latín han de existir lenguas nacionales implantadas a todos los niveles de la vida: en la enseñanza, desde la básica hasta la universidad; en la administración y la Iglesia. Sólo que entre esas «lenguas nacionales» figuraba el magiar como única lengua para todos los pueblos de Hungría. Oficialmente, la magiarización se puso en marcha con la ley número 16, de 1790-1791, la cual dispone de introducir en todas las instituciones de enseñanza media, en las academias y en la universidad, un profesor de la lengua magiar, y con la ley número 7, de 1792, y luego con la ley número 5, de 1805, el magiar se convierte en lengua obligatoria de enseñanza en todos los tipos de escuelas.

En 1848, Hungría contaba con unos 12,8 millones de habitantes, de los que la nacionalidad dominante se hallaba en absoluta minoría; 4,2 millones de magiares frente a 8,6 millones de eslovacos, rumanos, croatas, alemanes, ruteno-ucranianos, serbios y otros, que representaban el 66 por 100 de la población total, frente al 34 por 100 de la minoría magiar. El objetivo de la Budapest oficial era magiarizar lo antes posible a esa mayoría y así transformar al país en un «Estado nacional», idea que en caso de no haberse producido la I Guerra Mundial hoy día se habría convertido en una realidad, desapareciendo, por tanto, todos esos pueblos, sus culturas y tradiciones, riquezas espirituales y morales. En su lugar habría nacido un nuevo pueblo, el de los magiares, pero sin identidad nacional, que en la actualidad habría llegado a alcanzar la estimable cifra de 30 millones de personas no identificables. Al mismo tiempo se habría borrado para siempre la mayor parte de la historia en la cuenca danubiana. En la parte austriaca del imperio igual peligro habrían corrido los checos, los eslovenos y los italianos.

En estas condiciones se encontraban Stúr y líderes de otras nacionalidades no magiares, quienes se preguntaban por el futuro y la vida de las naciones en un territorio que ocupaban desde antes de la invasión magiar en el siglo ix-x. Stúr vaticinaría la proximidad de la época de las naciones, época en la cual imperaría la hermandad dedicada al culto del espíritu. Cada nación, argüía, es animada por un hálito peculiar y vive de acuerdo con sus propias leyes. Cada una de ellas ha de crear y fomentar sus propios valores espirituales, y las que así no lo hicieren serían «ramas secas en el tronco de la Huma-

nidad». En su campaña contra la opresión magiar, y mucho antes que los internacionalistas de categoría de Mancini y Mamiani, formuló varios derechos fundamentales de la naciones: el derecho a la vida, al territorio, a la cultura y lengua propias..., y al no obtener respuesta positiva del entonces Gobierno magiar, decidió organizar la revolución antimagiar, iniciada con la proclamación de la independencia de Eslovaquia el 19 de septiembre de 1848 en la ciudad de Myjava, en la frontera con Moravia, que formaba ya parte de la zona austriaca del imperio<sup>48</sup>. En aquel momento empezó la tragedia de Austria-Hungría, que aunque se conservara artificialmente hasta 1918, ya no pudo desempeñar en la política intereuropea el papel que se le había asignado en el Congreso de Viena. El peligro de desintegración venía desde dentro, debido a las pretensiones de Budapest contra la propia Viena, pero a expensas de los demás pueblos de la monarquía. Stúr, con el levantamiento armado antimagiar, y secundado por los croatas y los checos, no pretendía, a pesar de todo, destruir a Austria-Hungría. En cambio, junto a otros líderes de esta acción<sup>49</sup>, Stúr pidió ayuda y colaboración de Viena para aplastar la a su vez estallida revolución magiar de L. Kossúth contra la Casa de Austria. Como respuesta al gesto eslovaco de luchar con Viena contra Budapest, la Casa imperial se comprometió a resolver la cuestión de Eslovaquia como país independiente de la Corona. Sin embargo, una vez aplastada la resistencia de los magiares el 13 de agosto de 1849 cerca de la localidad de Világos, en plena Hungría, con la intervención de los ejércitos del zar ruso, Viena rompió dicha promesa dejando el problema eslovaco para Budapest, la cual intentó resolverlo a su manera panmagiarizadora, recudiendo el proceso de asimilación.

El conflicto «interhungárico» seguía sus pautas naturales: los magiares dominaban un Estado multinacional y multiétnico y procuraron transformarlo en Estado=Nación; mientras tanto, los no magiares anteponian la nación al Estado. Stúr, en todos sus escritos, jamás confunde nación con Estado, y no podía ser de otro modo, ya que el Estado era precisamente el opresor, el Estado magiar, enemigo de la nación eslovaca y de todas las demás nacionalidades<sup>50</sup>. Las restantes naciones eslavas —y no eslavas (rumanos o alemanes)— compartían esta distinción conceptual; los polacos no dejaron de ser y sentirse nación a pesar de su tripartición.

<sup>48</sup> Exactamente hace ciento treinta años, ESTEBAN POLAKOVIC: *¿Qué es una nación?* Buenos Aires, 1976, Ed. Asociación Cultural Eslovaca, 48.

<sup>49</sup> J. M. HURBAN (líder ejecutivo del levantamiento), M. M. Hodza, J. Francisci, etc.

<sup>50</sup> POLAKOVIC: *¿Qué es una nación?*, cit., 49.

Desde el punto de vista geopolítico, Stúr partía de la realidad de su propia nación, a la que localizaría dentro del territorio actual de Eslovaquia con el término «región eslovaca»<sup>51</sup>. Puesto que el Estado húngaro es un edificio multinacional constituyendo un puente entre el Este y el Oeste, entre el Sur y el Norte, a través de él continúan encontrándose y cruzándose los más distintos pueblos de Europa.

Hasta 1848, Stúr y toda su generación defendían con sinceridad el principio de la igualdad entre todas las nacionalidades de Hungría, a la que consideraban como su patria, aún más como patria de los eslavos, en primer lugar de los eslovacos. Sobre esta base, Stúr elaboró un «Memorándum de la Nación Eslovaca»<sup>52</sup>, dirigido al emperador, a la Dieta húngara de (Buda-) Pest y a todo el mundo civilizado. Concebido como un instrumento para el diálogo con los magiares, el resultado final habría de ser federalización del Estado de Hungría, en cuyo seno se resolverían los problemas nacionales de los eslovacos, rutenos, rumanos, croatas y demás elementos constitutivos. Budapest contestó a la mano tendida con la orden de detención de los autores del memorándum, que tuvieron que exiliarse en el país checo. Igual suerte corrieron los memorándums de los rumanos de Transilvania y de los serbios de Voivodina.

¿Qué es lo que se pedía en el «Memorándum de la Nación Eslovaca»? Supervivencia de ese Estado de acuerdo con los siguientes principios jurídicos y políticos:

1. Reconocimiento de la identidad nacional y de la individualidad política de todos los pueblos de «Hungría». Respeto a los derechos de la nación eslovaca, no solamente al cultivo de su propia lengua, sino también a la vida en condiciones de libertad.
2. Constitución de una Dieta general húngarica<sup>53</sup> compuesta de los representantes de todas las naciones a base de igualdad en cuanto al uso de la palabra en su propio idioma igual que en la cantidad de sus representantes.
3. Junto a esa Dieta general existirían dietas o parlamentos na-

<sup>51</sup> *Slovenské okolie*, conocida como «Alta Hungría», aunque en la literatura política y general internacional empieza a figurar el término *Slowakei* = Eslovaquia = Slovaquie...

<sup>52</sup> Aprobado el 10 de mayo de 1848 en Liptovsky-Svätý-Mikulás, ciudad situada en el centro-norte del país, a las orillas del río Váh (= Waag), con el nombre de *Ziadosťi slovenského národa* (= Peticiones de la nación eslovaca). Véase MILAN S. DURICA: *L'autonomia della regione slovacca*. Padova, 1967, Centro di Studi sull'Europa Orientale, 7-11. También JOSEF PAUCO: «Skola Stúrova», en *Kalendár Jednota-1961* («La Escuela de Stúr»), 130-142, Middletown, Pa., Primera Unión Católica Eslovaca en los Estados Unidos.

<sup>53</sup> Es decir, no solamente «magiar», ya que «Hungría» es un concepto histórico (y no étnico), que comprendía a todos los pueblos del territorio estatal.

- cionales investidos del poder de velar estrictamente por la salvaguardia de las libertades y de los derechos nacionales.
4. Introducción de la lengua eslovaca en la administración equiparada a las demás lenguas nacionales igual que al magiar.
  5. Organización de escuelas nacionales, desde las escuelas elementales hasta la universidad.
  6. Enseñanza del eslovaco en las regiones del magiar y viceversa, para conocerse mejor las dos nacionalidades, complementándose mutuamente.
  7. Eliminación de una vez para siempre de la supremacía de una nación o nacionalidad respecto de otras.
  8. Libertad de prensa, manifestación y organización de reunión junto a la seguridad personal y supresión del terror (oficial) dirigido contra elementos no magiares.
  9. Libertad completa también para la nación polaca.
  10. Los eslovacos sabrán agradecer al Gobierno la concesión de esos derechos y libertades.

Una vez fracasado este intento, Stúr intensifica los contactos políticos con representantes de otros pueblos eslavos en Viena, donde durante los meses de abril y mayo de 1848 se estudian diversas posibilidades de autoconservación del elemento eslavo en toda la monarquía. A continuación, ya entre junio y julio del mismo año, se celebra en Praga un congreso eslavo. Se insiste en una colaboración más estrecha frente a las nacionalidades predominantes austríacas y magiar, respectivamente. El objetivo sigue siendo la federalización del imperio entero, de acuerdo con la nueva Constitución.

Stúr en esta ocasión declara que, al ver lo que está pasando, ya no interesa, siquiera, salvar a Austria (contra los magiares). Lo que vale la pena es conservarnos a nosotros mismos. Este asunto lo plantea con una dialéctica sencilla: «Mientras Austria existía, nosotros estábamos vegetando. ¿Qué diría el mundo si no hiciésemos otra cosa que procurar salvar a Austria? Al caer Austria, no quiere decir que caigamos también nosotros. No sigamos afirmando que queremos salvar a Austria, tampoco que intentamos crear un imperio austroeslavo. Ello nos privaría de todas las simpatías de las naciones europeas. Declaremos que queremos seguir viviendo bajo la soberanía austríaca, pero como Estados eslavos»<sup>54</sup>. No era sino otro intento de despertar la conciencia

<sup>54</sup> J. KIRSCHBAUM: *Nás boj o samostatnost Slovenska* (Nuestra lucha por la independencia eslovaca). Cleveland, 1958, The Slovak Institute, 248-247. S. Glejdura: *Medzinárodné spoluzitie...* (Convivencia internacional...), cit., nota (42), en *Kalendár Jednota-1977*, 149.

de Viena para contrarrestar el estallido revolucionario de los magiares contra la propia Viena, aunque Budapest siempre gozaba de un *status* privilegiado de «Estado» (estamental-feudal) dentro de la monarquía.

Stúr y demás delegados eslovacos en el Congreso eslavo de Praga, al no estar de acuerdo con las propuestas de los representantes de otros pueblos eslavos, propusieron un nuevo programa de estudio:

1. Apelar a la conciencia de los pueblos europeos mediante un manifiesto.
2. Elaborar una petición al emperador.
3. Formular la cuestión de organización (político-nacional) de los eslavos de la monarquía, su relación frente a los demás pueblos y analizar las reivindicaciones de cada una de las naciones eslavas.
4. Fijar los medios destinados a que se cumplan los requisitos presentados por este Congreso.

Estas y peticiones similares no encontraban comprensión ni en Budapest ni en Viena. El imperio vivía una de las crisis más espectaculares de su historia. Los magiares no estaban dispuestos a renunciar a sus privilegios adquiridos a través de los siglos, pero...: la estructura política de Hungría era semejante a la de Polonia: en ambos países la nobleza ejercía el poder en detrimento de la monarquía, de la clase media y de los campesinos, extendiendo su predominio sobre poblaciones etnográficamente diferentes. Hungría fue más afortunada: poseía excelentes fronteras naturales en los Cárpatos (eslovaco-rumanos) y su existencia no se veía amenazada por el creciente poder de Rusia, sino por el decadente imperio turco; ante todo, el Gobierno de los Habsburgos le dio estabilidad (superficial...), lo que hizo que las reformas y el renacimiento nacional se facilitaran en mayor grado que en Polonia... Los magiares, la única confederación de jinetes asiáticos que lograron crear un Gobierno en Europa, formaban un país limítrofe entre el mundo romano y el bizantino... San Esteban (997-1038) se colocó sobre su propia cabeza la corona que le había enviado el papa, en la Navidad del año 1000. Esta corona, y no la nacionalidad magiar, se transformó en el símbolo de la *natio hungarica*<sup>55</sup>.

<sup>55</sup> HANS KOHN: *Historia del nacionalismo*. México-Buenos Aires, 1949, Fondo de Cultura Económica, 436 y s.

Esta circunstancia se manifestó de un modo peculiar en aquella época, lo que impidió que Hungría y todo el imperio se transformase en un baluarte en la encrucijada europea. En virtud de ese símbolo, y nada más que símbolo, la nobleza magiar puso en marcha una gigantesca máquina estatal de opresión para hacer desaparecer del mapa dos terceras partes de la población. Estas dos terceras partes, al agotar todos los recursos normales para que en la monarquía reinara la paz, o al menos todos sus pueblos pudiera coexistir pacíficamente, decidieron luchar con armas en autodefensa de su existencia nacional. Cuando se desencadenan revoluciones en Palermo, París, Viena, Praga, etcétera, también los eslovacos hacen suya la acción armada contra los opresores, con ayuda de los croatas, checos y los propios austriacos.

A pesar de la derrota de los magiares en agosto de 1849, cerca de Világos, con ayuda de Rusia en favor de Viena, éstos salieron, en realidad, victoriosos, ya que los austriacos, debido a los problemas internos de su parte del imperio, fueron cediendo cada vez más ante las presiones magiares, con el fin de conservar lo conservable. Además, Viena había roto todos los compromisos formales y verbales frente a sus aliados, y es a partir de entonces cuando en vez de una federalización se llega, en 1867, a un efímero dualismo austro-húngaro, que ya no volverá a repetirse<sup>56</sup>. Los planes de pacificación del imperio, ofrecidos por Stúr y sus correligionarios en forma de reorganizarlo sobre la base de federación compuesta de Estados nacionales y autonomías regionales étnicas, han fracasado por no haber comprendido los Austria que los efectos de la Revolución francesa se estaban consumando ya en todos los frentes europeos y hasta (pan-) americanos.

La segunda mitad del siglo XIX es considerada en el imperio como etapa más negra en la historia centroeuropea. No han tenido éxito ni luchas legales ni levantamientos armados en pro de la estabilización de la monarquía, entonces todavía gran potencia en el concierto europeo de Estados. El Congreso Eslavo de Praga se convertiría más tarde en un arma política manejada por Petersburgo y Moscú, respectivamente, especialmente durante la II Guerra Mundial, lo que en este sentido se conoce por el término «panslavismo», que, en un principio, era tan sólo un movimiento cultural de solidaridad intereslava, pero careciente de matices políticos.

Desilusionado, Stúr abandona el campo de solidaridad y reciprocidad cultural intereslava y pasa a formular un programa político para

<sup>56</sup> Las unidades eslovacas, compuestas de voluntarios procedentes de todas partes del imperio, luchaban contra los magiares junto con los ejércitos de Viena.

el mundo de los eslavos<sup>57</sup>; entre diversas alternativas, ofrece el siguiente cuadro de planteamientos:

1. Creación de una federación eslava sin Rusia.
2. Transformación del imperio austro-húngaro en el núcleo de todos los eslavos occidentales y del Sur, para manifestar la supremacía numérica eslava y, como tal, poner de relieve su importancia internacional.
3. Incorporación al imperio ruso, aceptación de su forma monárquica de gobierno y unión en el seno de la Iglesia ortodoxa con el ruso como idioma literario.

Sorprende tal planteamiento, puesto que Stúr siempre defendía la forma republicana de gobierno. Ya por este hecho no entra en consideración. El llamado austroeslavismo, tampoco, por su fracaso ya en el Congreso de Praga. Por último, la tercera alternativa era tan irreal como contraproducente, por contar los pueblos eslavos con su propia historia, cultura, territorio separado y alejado de Rusia, por lo que no sería sino una exaltación para que los eslavos se despierten de su estado letárgico después del fracaso de las revoluciones de 1848. Los estudiosos de la vida y de la obra de Stúr llegan a la (no definitiva) conclusión de que el escrito «Das Slawenthum und die Welt der Zukunft», preparado en 1852-53, es fruto de su profunda crisis moral una vez comprobado el colapso de la obra llevada a cabo por él hasta entonces. El imperio se vio invadido por el absolutismo. Viena ha desaprovechado probablemente la única posibilidad de transformar sus dominios en una constelación multinacional a base del federalismo, combinándolo con el principio de autodeterminación e imprimiéndole, por tanto, carácter de suma estabilidad política cara al futuro en la política interior y exterior.

## V. CONCLUSIÓN

Ludovít Stúr y Lorenz von Stein constituyen dos figuras representativas del siglo XIX en relación con la problemática del europeísmo y de la coexistencia. El eslovaco Stúr agotó todos sus recursos intelectuales, morales y hasta físicos en este sentido durante su corta vida en la primera mitad del siglo, especialmente durante los años cuarenta.

<sup>57</sup> J. KIRSCHBAUM: *Nas boj...*, cit., 260; Gledjura: *Medzinárodné spoluzitie...*, cit., 155.

En cambio, Stein entró en la escena cuando el primero ya no pudo hacer nada por salvar al imperio, tampoco para levantar los pilares que lo integraban en el fondo: las naciones y nacionalidades.

Hemos visto que los dos coinciden en el año de nacimiento, año del Congreso de Viena, 1815; también es cierto que ambos tuvieron a Hegel como fuente principal de sus respectivas concepciones del mundo y de Europa, aunque se desarrollaran por distintos caminos y horizontes. Stúr y Stein no se conocieron ni personalmente ni a través de sus obras filosóficas o prácticas. A pesar de ello, y aunque desde los puntos de vista diferentes, los dos buscan la concienciación europeísta y coexistencialista, dos fenómenos que acompañan inseparablemente su vida y su obra, el primero, desde las posiciones socio-económicas, nacionales e internacionales, con origen en el imperio de los Habsburgos, y el segundo, desde las de Alemania. Por tanto, es comprensible que difieran, pero no discrepen. Ambos pretendían construir un nuevo orden continental, cuyo núcleo sería el centroeuropeo, y no una potencia casi periférica, por ejemplo Francia o Rusia. Los extremos debían haber gravitado hacia el centro, y no al revés. Stúr era partidario de incluir a los pueblos eslavos junto a los de habla germana en la construcción del nuevo orden europeo. Stein, en cambio, parece haberse pronunciado en favor de la supremacía germánica, aunque admitiera la existencia de naciones y nacionalidades a base de igualdad.

Stúr conoció a fondo la situación austrohúngara, eslava, alemana y europea, hecho que no se da en el caso de Stein, quien al imperio de los Austrias veía y contemplaba sólo desde fuera, como potencia que pudiera facilitar la expansión alemana hacia el Oriente. En este caso, Stein puede ser considerado relativamente superficial, aunque, y quizá por eso, basara sus teorías en una buena administración, punto en el que se puede apreciar su tendencia de generalizar en vez de profundizar el problema de—si no ya de convivencia—al menos de coexistencia. Stúr, por el contrario, propugnaba la convivencia, y sólo si no fuera este el caso, la coexistencia.

Otro factor de gran importancia, al meditar retrospectivamente sobre esos dos personajes del siglo decimonono, estriba en que Stein desembocaría, probablemente contra sus propias convicciones, en un pan-germanismo *sui generis* como fuerza motriz del europeísmo en dirección del expansionismo; mientras tanto, Stúr se haría paladín de un panslavismo no expansionista, sino más bien autodefendista, con pretensiones de contribuir positivamente a la convivencia paneuropea,



idea que Stein no admite, ya que Rusia significaba para Europa gran peligro, confundiendo, consiguientemente, el papel de Petersburgo con el de los demás eslavos en el continente<sup>58</sup>. El panslavismo político-nacional (-ista) en Stúr, según hemos apuntado, ya no podía ser sino fruto de una profunda crisis moral al ver irse abajo su obra o, lo más probable, un aviso dirigido a Viena para que no se dejara arrastrar por el carácter belicoso y antieuropeo de los magiares, conquistadores de los eslovacos de la Gran Moravia, en la cuenca danubiana, en el siglo x de nuestra era.

El impacto del pensamiento de Stúr sobre el centroeuropeísmo, como parte fundamental de una paz duradera en todo el continente, sobrepasa los límites del Viejo Mundo<sup>59</sup>. En Europa, la herencia filosófica de ese hegeliano eslovaco, y siempre en relación con sus proyectos respecto a la cuenca danubiana, ha encontrado una inédita resonancia entre rumanos, checos, los propios eslovacos, austriacos y alemanes<sup>60</sup> ya a principios de este siglo, y aun más durante y a partir de la II Guerra Mundial, cuando el expansionismo comunista ruso-soviético se hizo patente como peligro mortal para todo el continente europeo. Stúr, en este sentido, se convierte en el eje de orientación al enfocar la situación actual de los esfuerzos de una Europa libre y federal, uniendo a todos sus cuerpos orgánicos que la integran y que son la Naciones, ofreciéndoles el mejor desarrollo posible a vez de fusionarlas, que sería un nuevo error en la historia de Europa.

STEFAN GLEJDURA

<sup>58</sup> Efectivamente, Lorenz von Stein tuvo una imagen equivocada sobre el mundo eslavo, según hemos indicado ya anteriormente. La Historia dio toda la razón a Stúr.

<sup>59</sup> Sus obras son objeto de sendos estudios en los últimos años, sobre todo en los Estados Unidos y el Canadá, cuyos resultados suelen publicarse en anuarios o revistas especializadas en problemas centroeuropeos y del mundo eslavo. También en Italia se presta una atención considerable a esta problemática, sobre todo en la Universidad de Padua, o en Francia, país en que durante todo el siglo xix se contemplaba a los pueblos eslavos con auténtico rigor científico. En España los conocimientos relativos a ese mundo o al panslavismo son de segunda o tercera mano.

<sup>60</sup> Por ejemplo, AUREL POPOVICI: *Die Vereinigten Staaten von Gross-Oesterreich* (Leipzig, 1906), MILAN HODZA: *Federation in Central Europe* (London, 1942), así como toda una serie de historiadores políticos eslovacos (Mikus), Kirschbaum, Ciekler, Grébert...), checos (Wierer, Prchala, Pekelsky) existiendo, además, publicaciones de la categoría de «Der Donauraum» (Viena), «Der europäische Osten» (Múnich) o instituciones especializadas en Austria, Alemania, Francia, Italia, Estados Unidos, Canadá, Inglaterra o Escocia. Sin duda, Europa ha sido traicionada desde sus propias entrañas, aunque no le quita valor a los actuales esfuerzos de reencontrarse otra vez consigo misma. No obstante, el siglo xix había sido una gran oportunidad para que no habiéramos de traición, sino de unidad, una unidad orgánica en la que cabrían todos los pueblos —sin distinción o discriminación de ninguna clase—. Europa supone ventajas, pero en primer lugar, sacrificios.



## *NOTAS*

